

De actualidad



# Cromwell y Lenin

Bertrand Russell —de su significación y valor en la intelectualidad europea contemporánea, de la profundidad y de la liberal independencia de su espíritu no es ocasión ahora y aquí de tratar— ha publicado en el semanario inglés "The Nation" (números del 10, 17 y 24 de julio), sus impresiones de un viaje a Rusia y de conversaciones con Lenin, Trotski y Gorki, al último de los cuales —"el más amable y para mí el más simpático de todos los rusos que vi"— nos dice— nos le pinta moribundo. "Gorki —concluye— ha hecho todo lo que uno puede para preservar la vida intelectual y artística de Rusia, pero está moribundo y acaso ella también moribunda".

Cuando Bertrand Russell le preguntó a uno de los bolcheviques qué habían hecho en pro del arte, impacientóse el preguntado y contestó: "No hemos tenido tiempo para un arte nuevo así como tampoco para una nueva religión". Y, sin embargo, el bolcheviquismo no parece ser sino una religión nueva, con sus mártires y sus verdugos, sus dogmas y sus anatemas, su sacerdocio, su inquisición que acaudilló Oliverio Cromwell.

Bertrand Russell busca cierto paralelo entre la revolución bolcheviquista presidida —si no dirigida— por Lenin y la revolución puritana que acaudilló Oliverio Cromwell.

Y escribe a este propósito: "Los sinceros comunistas no son diferentes de los soldados puritanos en su austero propósito político-moral. Los tratos de Cromwell con el Parlamento no se diferencian de los de Lenin con la Asamblea Constituyente. Ambos, arrancando de una combinación de democracia y fe religiosa, fueron llevados a sacrificar la democracia a la religión impuesta por dictadura militar. Ambos intentaron obligar a sus patrias a vivir en un nivel de moralidad y esfuerzo más altos que el que la población hallaba tolerable. La vida en la Rusia moderna, como en la Inglaterra puritana, es en varios respectos contraria al instinto. Y si los bolcheviques caen por último será

por la razón porque cayeron los puritanos; a causa de que llega un momento en que los hombres sienten que la diversión y el alivio valen más que todos los otros bienes juntos".

Traducimos por "diversión y alivio" las palabras inglesas "amusement and ease". Acaso convendría parafrasearlas, porque "ease" equivale a bienestar, facilidad de maneras, suavidad de costumbres.

Y es que el bolcheviquismo es no sólo una religión sino en muchos de sus aspectos una ascética. Y sorprende ver que se enamoren aquí de él personas que propenden más que a otra cosa a cierto epicureismo que creen pagano.

Parécenos muy agudo el cotejo entre Lenin y Cromwell. Como éste en nombre del Evangelio cerró contra la nueva Babilonia romana —así la llamaba— así aquél, en nombre de otro evangelio, el de Marx, cierra contra el capitalismo burgués. Para tener al cabo, de seguro, que transigir con él.

"Va más lejos el que no sabe a donde va", decía Cromwell, dicho que a Retz le parecía propio de un tonto. (Véase el "Oliver Cromwell" de John Morley). Y a las veces parece como si Lenin quisiera hacernos creer que tampoco él sabe no ya a donde va, sino a donde lleva a su patria. Recordará acaso las palabras que se atribuyen a Carlos Marx, como escritas en 1869 a su amigo Beesly que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera, y es que le dijo: "Quien compone un programa para el porvenir es reaccionario".

La dictadura bolchevista —no proletariana— es hoy, como lo fué la puritana, la de los motilones de Cromwell, una dictadura armada, militar. Y militarista. Y religiosa. Y una dictadura armada, militar, no discute, no es en rigor pública.

Ludovico Nadeau en su libro sobre su prisión en Rusia, cuenta estas palabras de un viejo coronel ruso: "Por lo que a mí hace creo que como están las cosas el partido a que debemos servir nosotros, los militares, es sencillamente al partido más fuerte, sea el que fuere. Sí, el partido más

fuerte, si nuestra adhesión le hace más fuerte todavía, podrá gobernar, es decir: imponerse, suprimir las disidencias y hacer reinar el orden, un orden cualquiera, su orden. Ante todo hay que volver a traer la paz interior, poner un término a la guerra civil. Sólo la conseguirá el partido más fuerte a condición de que su predominancia llegue a hacerse aplastante, irresistible".

Dicen que Lenin ha hecho poner en Moscú unos grandes letreros que dicen: "La religión es un opio para el espíritu del pueblo". Y la suya es, sin embargo, una religión, y una religión que se vale de la espada, como la de Mahoma, como la de Cromwell, como la de nuestros conquistadores. Ahora, que la religión de Lenin, con su dogma del materialismo histórico marxista, más que un opio es un alcohol. Y el alcohol es un anestésico.

¡El alcohol! ¡Lo que nos aclara! Repasad el mundo torturado y torturante de Dostoyevski, el de sus idiotas y sus epilépticos, pensad en el alcohol y en el misticismo alcohólico —que le hay— y venid luego a esta tempestad en que parece va a anegarse una civilización que se preocupó demasiado de la diversión y del alivio de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALÉS